

El Guipuzcoano

DIARIO LIBERAL REFORMISTA

Telefono núm. 23.

ORGANO DEL PARTIDO EN LAS PROVINCIAS VASCONGADAS.

Telefono núm. 23.

AÑO VIII.	PRECIOS DE SUSCRICION.	REDACCION	PRECIOS DE INSERCCION.	NÚM. 398
	SAN SEBASTIAN: Trimestre, 4 pesetas.—PROVINCIALES: Trimestre, 3 pesetas.—EXTRANJERO Y ULTRAMAR: en año, 85 pesetas. Las suscripciones hechas por los correspondientes, tienen un aumento de 10 por 100.—Número suelto 5 céntimos.—Número abonado 10, céntimos.—En el extranjero 0'15 céntimos.—Los pagos se harán precisamente en sellos de franqueo ó libranzas del giro mutuo.	AVENIDA DE LA LIBERTAD, 8, PRAL. San Sebastián Viernes 10 de Enero 1890	En 1.ª plana, 1 peseta línea.—En 2.ª id. 0'20 id.—En 3.ª id. 0'10 id.—Reclamos, 0'25 id.—Comunicados de 1 a 25 pesetas línea. Puntos de suscripcion: En la Administración, Avenida de la Libertad, 8.—En Madrid, Carrera de San Geronimo, 2. Librerías: «El Central» Agencia de SA AVEYRA Y CAZAS 55. Rue Valenciennes, París. Corres. y redacción a la Dirección.	

LA SITUACION POLITICA.

No podemos seguir guardando la prudente reserva que nos habíamos impuesto, durante el curso de la crisis ministerial. Si no emitiéramos nuestro juicio sobre el estado de la política y la conducta del Sr. Sagasta en los momentos actuales, parecería que sancionábamos con nuestro silencio las apasionadas manifestaciones de los que pretenden falsear el criterio de la opinion pública, impulsados con invencible fuerza por todo el cúmulo de los apetitos que les devoran.

Jamás hemos observado ensañamientos más injustos que en la ocasion presente, ni apreciaciones tan falsas, como las hechas por algunos periódicos, de las circunstancias dominantes en el fracaso de la conciliación y del proceder evidentemente digno y patriótico de los señores Romero Robledo y Cassola.

Jamás se ha visto un descaño tan grande, ni una insolencia que raya en verdadero frenesí, entre esos parásitos mercenarios que viven á espensas de los jugos que exprimen á todos los partidos que se hallan en el poder.

Nunca, como ahora, es tan urgente que se contengan los desbordamientos de los que bullen y se agitan en la vida pública, sin puesto reconocido, aguijoneados por los agudos acicates del hambre que han de sufrir, cuando á esta situacion sustituya otra, en que no sea permitido que claveu el aguijon de sus concupiscencias los intrusos de la política, merodeadores de todos los campos de ella, para obtener patentes de corso que les garanticen la más irritante impunidad.

No se crea que estos comparsas desarrapados de la política imperante, se contentan de disimular ó de encubrir sus deseos, batallando en el terreno digno de una lucha en que median los más elevados intereses. No; el procedimiento que importa poco. Se fijan en el punto que les beneficia más acudiendo para alcanzar sus fines á los recursos que se van como la enturbida corriente del cenagoario, arrastrando reputaciones manchadas, y salpicando con asqueroso lodo cuanto avasallan en su curso de ímprem dita ciones, de injusticias y de escarantos.

Ved á esos histriones asalariados escalar las elevadas alturas donde se encuentran los hombres más eminentes de la política, pretendiendo empujarles hacia el abismo de las falsedades que inventan y propagan con maldad de que no hay ejemplo.

Tan burda es la trama que se ha urdido en contra de nuestro ilustre y queridísimo amigo el señor general Cassola; y de tal índole son las calumnias infames que se publican con el vano intento de mermar los altos prestigios de tan eminentes políticos, que no hace falta recoger una por una todas las versiones injuriosas que se les dirigen, para restablecer la verdad, disipando las nieblas creadas por el vaho nauseabundo de las pasiones bajas y de los despochos de la soberbia.

¿Hay quien dude que el Sr. Sagasta ha originado las divisiones que inhabilitan al partido liberal, para que su gestion sea fecunda en resultados beneficiosos desde las esferas del Gobierno? ¿Hay quien dude que el Sr. Sagasta, con sus impremeditaciones, y sus torpezas, y su indecision, y su falta de criterio sobre los asuntos más trascendentales, y su ignorancia absoluta del estado en que se encuentra el país, es el culpable único de las circunstancias angustiosas que afligen á la nacion, llegada á los principios de su descrédito y de su ruina? ¿Hay quien dude que el Sr. Sagasta

ta solo ha atendido á satisfacer su afán immoderado de vivir en el Gobierno, aun á costa de los más altos prestigios, y aun advirtiendo las amenazas terribles que se presentan en los horizontes de lo futuro? ¿Hay quien dude que el Sr. Sagasta no ha realizado bien alguno, ni ha establecido reformas que mejoren la situacion tristísima en que se encuentran los principales elementos de vida de la nacion? ¿Hay alguien que reconozca á ese resto exiguo y gastado de fuerzas liberales que acandilla el Sr. Sagasta, aptitud para hacer frente á los problemas que es necesario resolver en breve término, si han de evitarse los peligros que ya se notan, y cuyas consecuencias ocasionarian gravísimas perturbaciones?

Pues todo esto demandaba forzosamente que llegasen á una inteligencia todos los elementos que pertenecen al partido liberal, á fin de que se acometieran las reformas en que estriban las soluciones eficaces de los problemas pendientes.

¿Por qué no se ha hecho la conciliación? Porque no ha querido el Sr. Sagasta; porque al empezar para el país días de ventura, que hasta ahora han sido de constantes y amargos desengaños, demostrábase que al Sr. Sagasta correspondia la responsabilidad entera de los perjuicios que lora la nacion; porque el Sr. Sagasta es partidario de descollar entre las nulidades de que se rodea, y no de que se nuble su preponderancia por hombres que le aventajan en relevantes dotes de gobierno.

¿Qué han hecho los Sres. Romero Robledo y Cassola, para estorbar la conciliación? Exigir que sean planteadas las reformas como únicas que son notoriamente indispensables, para que no sacudieran las fatigas principales de la riqueza pública; para que se dispusiera la protección absoluta á los trabajos agrícolas, y recobramos nuestro mercado; hoy sustituido en absoluto á la producción extranjera; para que se terminara la migración escandalosa que roba á la patria miles de hijos, por consecuencia de la crisis en que se encuentran la agricultura y la industria; para que, en fin, pueda llegar España al grado de progreso que otras naciones, que tienen menos elementos de vida y de riqueza.

Recuérdese lo declarado por el Sr. Romero Robledo al Sr. Bosch, cuando á éste se le ofreció un puesto en el Gobierno que se trataba de formar: "Quiero la conciliación con las ideas, para que éstas se traduzcan en hechos. Rechazo toda inteligencia en que presta el móvil personal."

¿Y qué ha exigido el señor general Cassola? Que se lleven á cabo las reformas que son imprescindibles en el ejército, para que éste sea una verdad, y constituya una garantía firme para la tranquilidad pública en el interior y el respeto que necesitamos merecer en el exterior; para que los institutos armados se organicen del modo exigido por los adelantos de la época, y con sujecion al objetivo que deben llenar.

De tal modo han probado los Sres. Romero Robledo y Cassola su patriotismo, su sinceridad y su buen deseo, apartándose de toda mira personal, de todo camino que no sea el de las conveniencias del país, y de las instituciones que le rigen.

De nuestra parte, seguramente, y comprendiendo la razon que abona la actitud de los Sres. Romero Robledo y Cassola, ha de estar la opinion imparcial, la que inspira su criterio en un recto sentido.

De parte del Sr. Sagasta solo se encuentran todos esos furiosos que atruenan el espacio con sus ladridos, defendiendo el hueso que se les escapa de los dientes.

EL TRANCAZO NACIONAL.

No pretendemos tratar de una nueva dolencia que, cual la gripe ó la influenza, revista carácter benigno. Toda ocuparnos de un mal social, y no se crea que por primera vez, pues en diferente forma y por separado lo hemos tratado ya. El trancazo nacional ha invadido hoy por completo todas nuestras clases sociales y deja sentir sus efectos en todos los asuntos, sean estos de más ó menos interés para la patria.

En primer lugar, tienen el trancazo los agricultores todos de nuestras comarcas, fértiles en tiempos pasados hoy convertidas en verdaderos yermos, viñas atocadas por plagas de todas clases y olivares sin esperanza de vida. Cuestion tan trascendental parece merecer un detenido estudio y un pronto y eficaz remedio, y por desgracia no lo han hecho aquellos en cuyas manos está el gobierno. Esta plenamente confirmada que Castilla, como todas las regiones que producen cereales en gran cantidad, tiene sobrantes de cosechas anteriores, que han venido á aumentarse con los productos de la última, y sin embargo, presenciarnos el espectáculo más triste y desconsolador; vemos cómo el país se arruina con la plétora de sus productos que no valen dinero, por encontrar cerrados los mercados ó hallarlos invadidos por extranjeros feutos, que favorecidos por el libre cambio, matan las transacciones de nuestros productores. Y ante espectáculo tan triste y ante la indiferencia y oposicion de los gobernantes, dejan sus campos yermos, como antes decimos, y esperan desconsoladamente parecer de hambre cual maestros de escuela.

¿Qué más trancazo quiere, que las indispensables comisiones informadoras, labicadas en el úlcido ministerial? Todas, en general, son y resultan perfectamente inútiles; todo lo dejan para mañana, y al fin y al cabo, este mañana no llega, y si llega, es para entablar estériles discusiones y sacar á relucir debilidades y chanchullos.

Aparte de lo que dicho tenemos referente á la invasion de las clases agrícolas, debemos citar las clases fabriles, en las que está produciendo grandes bajas y desastrosos efectos el trancazo nacional.

En su consecuencia, el trancazo ataca también á nuestros comerciantes, ya debilitados ante la perspectiva de los balances con pérdida que á no tardar les esperan, y de la espantosa causa que es la venta de nota, consecuencia lógica del material general que en la nacion se existe.

Pasado á otro orden de consideraciones, observamos que cuantos proyectos de alguna utilidad para la nacion se han presentado y cuantas iniciativas de gran provecho aparecen, recibiendo de nuestros gobernantes un trancazo tal, que poco importa en adelante si vive ó muere por sí mismo, como corre la influenza. Tímido de lo que ocurriría con los innumerables proyectos de ferrocarriles, carreteras, canales, etc., que imposible es enumerar el sueño de los justos en agua para la ministerial.

Además tienen el trancazo la mayoía, por no ver todos los ciudadanos, al vislumbrar el no muy claro horizonte en que aparecen los nuevos ayuntamientos, pobrados de concejal s que pocos votos legales obtuvieron, por no ocurrir ninguno, y que en su mayoría son fruto de pactos y avenencias entre caciques y gentes del oficio.

¿Y que diríamos de nuestras colonias? Estas si que tienen el trancazo, pero dado con violencia, y gimen bajo el yugo de un acero que los ha recienar gratuitamente tiempos calamitosos y períodos de gran malestar. Así es que entre el trancazo del acero y las filtraciones á tianeras, que no dejan de ser trancazo, tan invadidas están las colonias como la madre patria.

Por último, si el espacio lo permitiera, registrar casos y casos de trancazo, y se veria como en ninguno de las esferas, ni en ninguno de los sitios de nuestra nacion deja de haberlo, y fuerte.

LA CRISIS.

Bien vengas mal si vienes solo. El dengue nos proporcionó la crisis. Y a esta sigue la enfermedad del Rey.

Hay ciudadano á quien todas estas cosas le salen por una friolera, y no se preocupa ni del dengue, ni de la crisis, ni de la enfermedad del Monarca, ni del desplome del universo.

En cambio otros hallanse sumamente preocupados y no les llega la camisa al cuerpo.

—Este mundo es un fandango y quien no lo baila un tonto.—decía ayer mañana D. Sebastian Traga bolsos, confusionista y amigo de las cosas claras, al leer las últimas noticias sobre la conciliación.

—Mire usted—decía el hombre—yo no soy partidario de Sagasta, ni de Cánovas, ni de nadie, pero llegado un caso como este, aceptaría la primera cartera que se me ofreciese.

—¿No le sería á usted igual una petaquita? —Hombre, si con ella se había de salvar la patria, sí señor; porque, dígame usted, ¿qué papel pintamos en esta forma? —¡Es verdad! ¿Qué dirán de nosotros las naciones extranjeras de fuera de España?

—¿Cuál es la dificultad con que tropieza Sagasta para arreglar en familia la crisis?—preguntaba ayer un coalicionista á otro de gramio.

Que no halla quien quiera encargarse de Hacienda.

—¿Valiente cosa! ¿Por qué? ¿Porque está vacía el arca del Tesoro?

—¿Y le parece á usted poco?

—Si señor. Más exhausta hallamos nosotros la caja, cuanto las últimas elecciones provinciales, y con una circular, y unas cuantas visitas domiciliarias, efectuada á por nuestro delegado nombrado en menos de quince días, la llena más de bote en bote.

—Me ocurre una idea.

—Venga.

—Vamos á ofrecer á Sagasta un modelo de circular y un Sorondo.

—¡Hombre! no me parece la idea del todo mala.

La verdad es que Sagasta se ahoga en poca agua.

Ahí tiene á D. Segismundo que se encargará de cuantas carteras sean necesarias.

Y en la combinación, puede entrar hasta el mismísimo D. Fermín.

—¿Así?

No, Calbeton. Porque como el chico es fusionista, y ha ido ya sub, está en condiciones. Además, esto redundaría en beneficio de este pueblo.

Nombraría á algun amigo delegado especial de Hacienda en esta provincia, y á su suegro (al cual amigo) le haría tambien alguna cosa.

Pues na! la digo de los diputadillos que sin merecernos nos concedió la providencia. Su viendo á un su compañero en el Gabinete... ¡na! na!

Con unas cuantas disposiciones nos harian nadar en la abundancia.

Pero ya se conformarian con declarar navegable el Urumea, des de Astigarraya á Hernani.

Esto es el carácter de la regla general.

Todos hacen lo mismo, y si no dígame por nosotros Don Pepito, que se mantiene alojado en la zaragata, cobrando cuatro mil pesetas en bien de la provincia, renunciando para ello poderes de la más alta representación.

El que más y el que menos, debiera imitarlo exclamando:

—¡Ahí me las den todas!

EL TALENTO Y SU ORIGEN.

Algunos han dicho que el talento de las personas está en razon opuesta á la de su fortuna; es decir, que cuanto más pobres es el hombre más talento le concede Dios, y cuanto más riquezas le proporciona, menos talento le otorga, por regla general.

Y no deja de tener esto alguna logica, pues si así sucediera, no existiria la ley de las compensaciones, que es, por decirlo así, la base que mantiene en equilibrio á la sociedad. Si no hubiera cielo otorgando las cosas de este modo; si al rico al potencial le hubiese dotado de gran inteligencia, el país que el pobre no le hubiera dejado un átomo siquiera de saber, genial sería el resultado de esto? Que los ricos fueran los señores del Universo.

Pero Dios ama demasiado sus obras y ha arreglado el mundo de otra manera. El que hace rico no necesita aprender ninguna oficio para vivir; el que hace pobre necesita de un gran dosis de talento para supir en parte las riquezas. He aquí la ley de las compensaciones.

He aquí por qué casi todos los grandes hombres han nacido en humil te esferas; y, por si alguno lo duda, vamos á poner á continuación á los factores de El Guipuzcoano una lista de los hombres célebres nacidos en la miseria.

El pontífice Adriano IV, fué hijo de un mozo de campo.

Adriano VI, pontífice tambien, fué un tejedor.

Julio Albornoz cardenal y primer ministro de Felipe V, de un jardinero.

Andrés del Sarto, famoso pintor florentino; y el cardenal Lavaloo, favorito de Luis XV, de un sastre.

El emperador Basilio I, de un portador de Macedonia.

Beranger, popular poeta de Francia, de un sastre.

El famoso secretario Juan Calvino, de un tonelero.

Juan Cavalier, jefe de los calvinistas, de un mozo de taboan.

Cromwell, el favorito de Enrique II de Inglaterra, de un herrero.

Davy, el famoso químico inglés, de un carpintero.

Demóstenes, el famoso orador de Atenas, de un herrero.

Edro, el fabulista, de un pobre esclavo.

Fray Luis de Granada, de una familia oscura y miserable.

Gregorio VII, el papa, de un carpintero toscano.

Harrison, el general inglés, de un canicero.

Horacio, el poeta latino, de un liberto.

Hipócrates, el famoso general ateniense, de un zapatero.

Maiquez, el famoso actor español, fué tejedor en un principio.